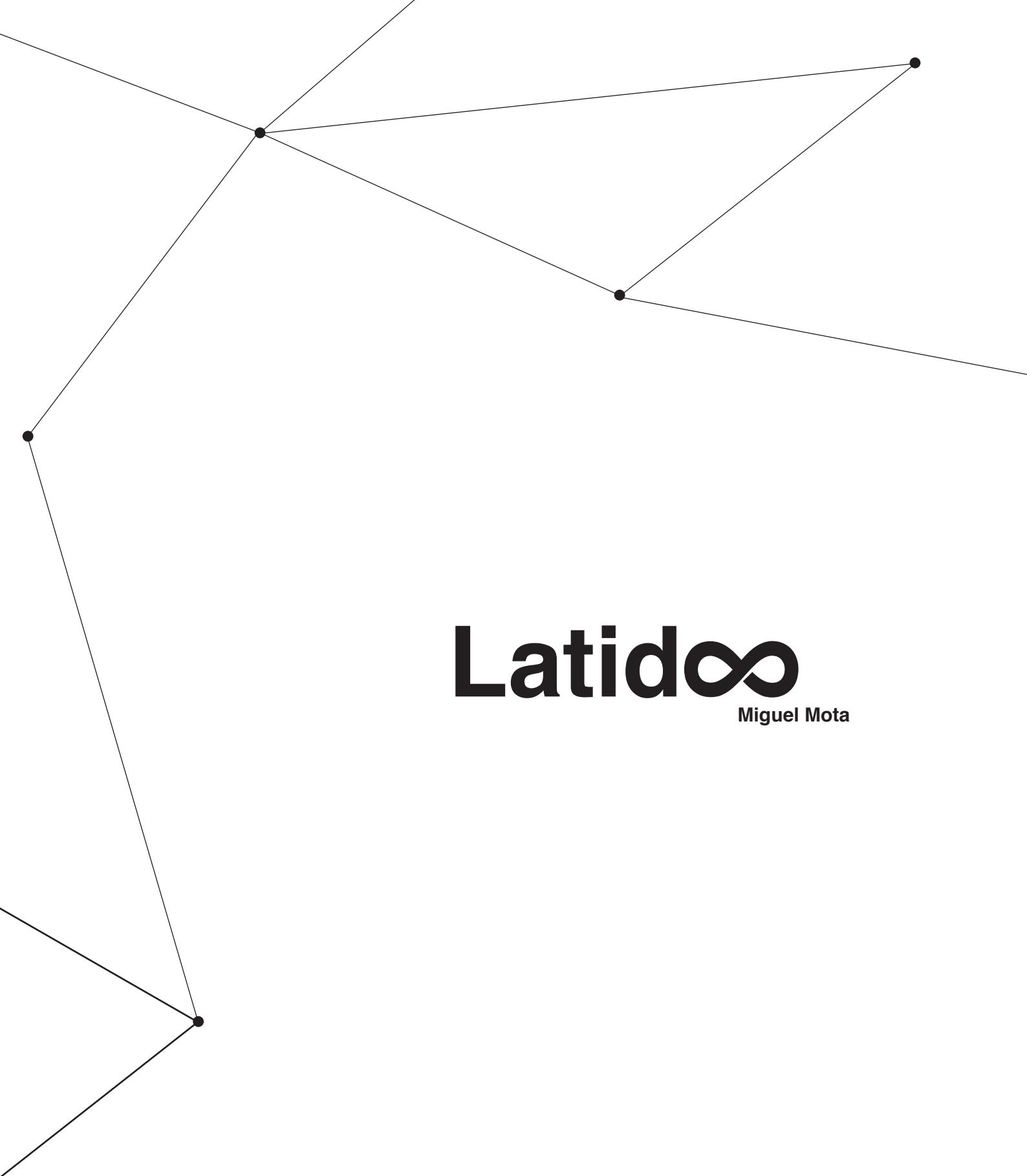




Latidoo

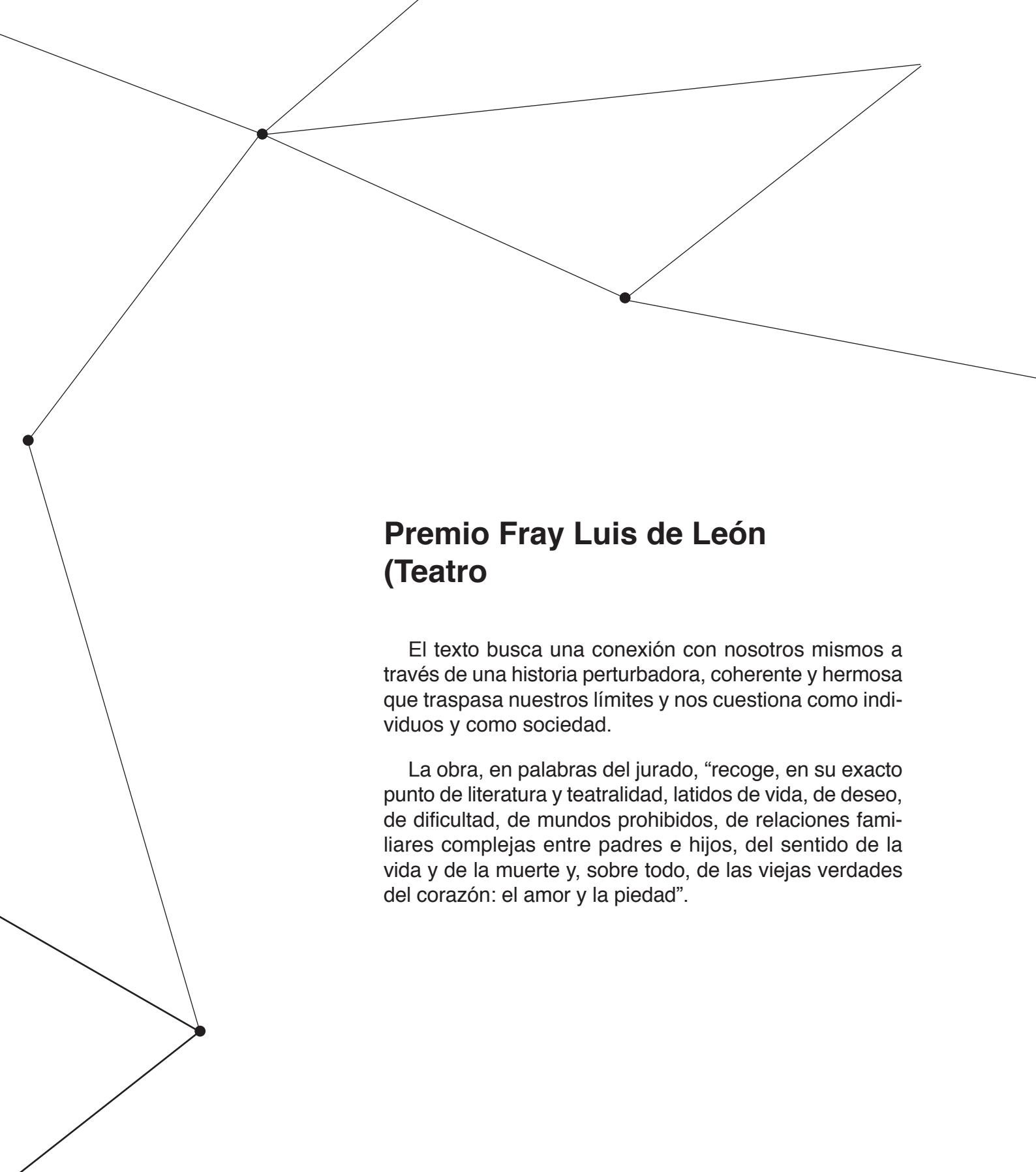
Miguel Mota

PREMIO
FRAY LUIS DE LEÓN
DE TEATRO



Latidoo

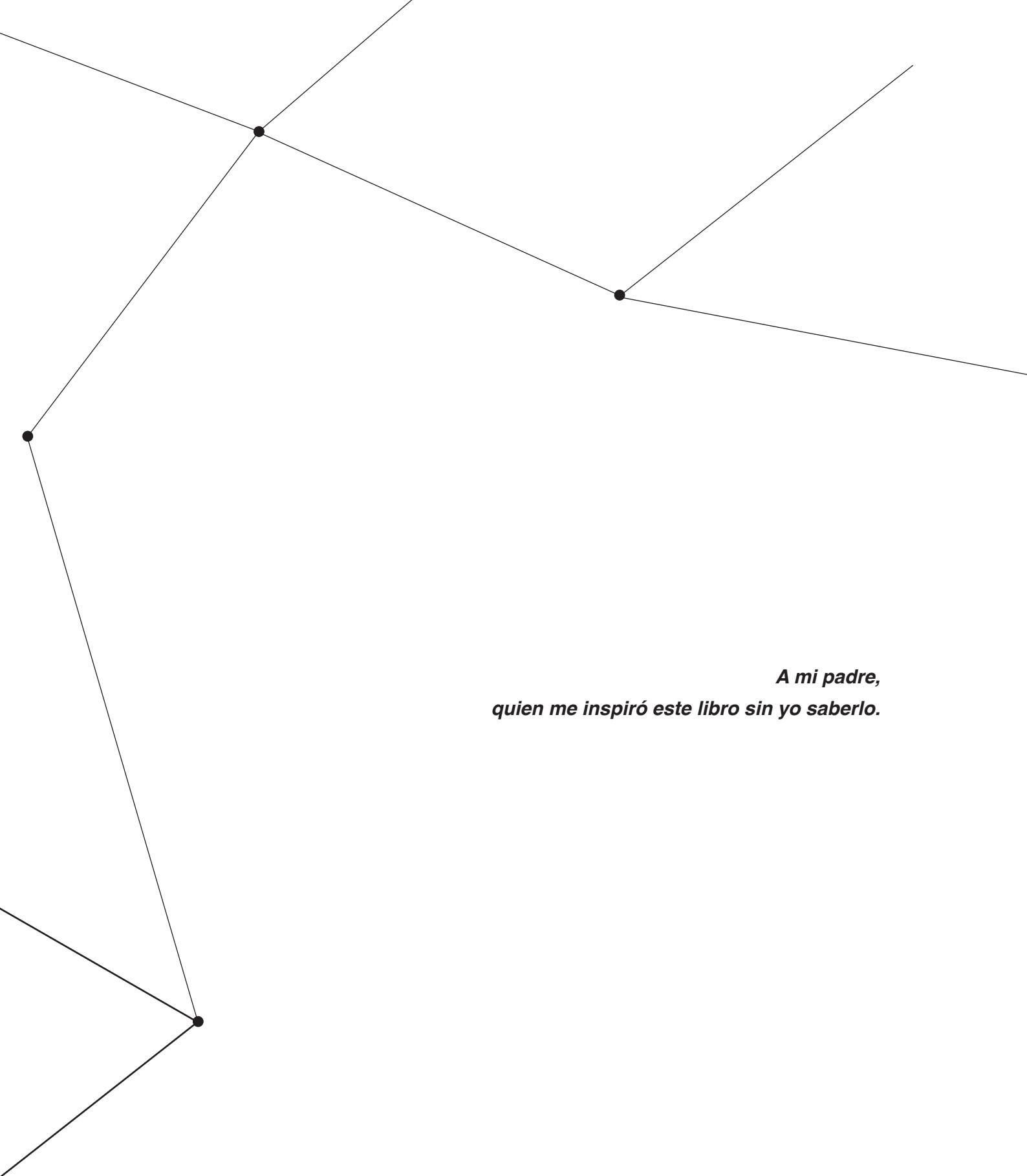
Miguel Mota



Premio Fray Luis de León (Teatro)

El texto busca una conexión con nosotros mismos a través de una historia perturbadora, coherente y hermosa que traspasa nuestros límites y nos cuestiona como individuos y como sociedad.

La obra, en palabras del jurado, “recoge, en su exacto punto de literatura y teatralidad, latidos de vida, de deseo, de dificultad, de mundos prohibidos, de relaciones familiares complejas entre padres e hijos, del sentido de la vida y de la muerte y, sobre todo, de las viejas verdades del corazón: el amor y la piedad”.



*A mi padre,
quien me inspiró este libro sin yo saberlo.*

Latidos

Personajes

HOMBRE, de unos 50 años.

CHICO, de unos 25 años.

Parque.

Encuentro.

Constelaciones.

Noche.

Vida.

Luz.

Sueño.

Hijo.

Regreso.

Oscuro.

Padre.

Pálpitos.

Sugiero que el paso de los días se realice
con pequeños cambios de luz y/o vestuario.

El signo / significa que la siguiente réplica monta a la anterior.

ESCENA I

Parque

Parque nocturno a las afueras de una ciudad de provincias. Un banco. Una papelera rebosante. Dos farolas. Luz intermitente. Sonido de autopista. Por el suelo de tierra, ramas, pañuelos, colillas, condones y flores. Hombres solos. Hombres que se usan. Sobre ellos el firmamento.

El Chico llega pero se queda apartado. Observa. Quiere irse pero espera. Tras varios intentos de sexo frustrado llega el HOMBRE.

HOMBRE.— ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! ¡Somos todos unos hijos de puta!

El HOMBRE se queda mirando fijamente al Chico. Fuma. El Chico le mira evitando su mirada. El HOMBRE va hacia él.

HOMBRE.— ¿Miras los coches? A veces yo también los miro desde ahí. Son como cucarachas con ruedas. Todos sin salirse del carril. (*Silencio*). ¿Cuantos años tienes? (*Silencio*). ¿Vives solo? (*Silencio*). ¿Te vas a quedar? (*Silencio*).

El Chico va a salir.

¿Qué hay que hacer? (*Silencio*). ¿Qué hay que hacer para hablar contigo?

El Chico se detiene.

Te llevo viendo varios días. Solo. Sin hablar con nadie. Te he visto por las escaleras. Acercarte a la fuente. Pero nunca te he visto ir detrás de los arbustos. Parecías perdido. Como si no supieras donde estás. Pero no es así. Lo sabes muy bien. Solo tanteas el terreno. Eso es lo que hacéis los nuevos antes de integrarlos. Lo he visto otras veces. Observas y eliges. Sabes que todos te miran. Tomas tu tiempo y eliges. Para eso mandas. Nadie elige al nuevo. Es él quien lo hace. ¿Aún no has elegido? ¿Es eso?

El HOMBRE le toca. El Chico quiere reanudar su marcha.

¡Espera! Desde el primer día, no puedo dejar de mirarte. No sé porqué. Ni siquiera eres mi tipo. Pero no dejo de mirarte. ¿Qué hay que hacer para hablar contigo?

El Chico inmóvil.

No es necesario que hablemos. Todos venimos a lo mismo.

El HOMBRE tira el cigarrillo y se acerca al Chico. El Chico se aparta.

CHICO.— Me calma. Desde pequeño siempre me ha calmado mirar los coches. Subía a la zona más alta desde la que no me pudieran ver y me pasaba las horas viendo los regueros de luces. Me imaginaba quien iba dentro. Familias, parejas, amigos, gente sola... A dónde iban. Si salían del trabajo. Si estaban de viaje. Si regresaban a casa. Si estaban enfermos. Si estaban cansados o felices. Si cantaban o callaban... Cualquiera de esas vidas era mejor que la mía porque la mía estaba suspendida.

Silencio.

HOMBRE.— Si me tocas descansaría.

El Chico duda, pero accede. Va hacia él y le acaricia la cara. Al tocarse se produce un escalofrío mutuo que hace que ambos se aparten. Silencio.

HOMBRE.— Deseo tocarte.

El Chico reanuda la salida pero justo antes de salir se detiene.

CHICO.— Ven. Tócame.

El Hombre empieza a tocar el cuerpo inerte del Chico hasta quedar exhausto y rechazar su cuerpo. El Hombre se aparta. El Chico cae. Tras un instante, se levanta de nuevo.

CHICO.— Ven. Tócame.

Silencio. El Hombre duda pero vuelve al cuerpo. El Chico corrige al Hombre indicando las partes de su cuerpo que puede tocar hasta que la figura de ambos se convierte en un abrazo. Gradualmente el Chico abraza más y más fuerte el cuerpo del Hombre.

CHICO.— Tu podrías cuidarme.

HOMBRE.— (*Apartándole*). Sólo me importo yo.

CHICO.— Pero amas.

HOMBRE.— ¿Qué buscas? ¿Quéquieres?

CHICO.— Volver a nacer.

HOMBRE.— Nadie puede volver a nacer.

CHICO.— No lo comprendes. No puedo. No... No me toques.

HOMBRE.— Volverás. Siempre se vuelve al parque.

El Chico sale corriendo. El Hombre permanece. Entra en los setos. Oscuro.

ESCENA II Encuentro

El HOMBRE está sentado. El CHICO llega pero se queda apartado. El HOMBRE lo ve. Se ven pero ninguno habla. Esperan. El HOMBRE se decide.

- HOMBRE.— Ven. No tengas miedo chaval.
- CHICO.— No me llame chaval.
- HOMBRE.— ¿Qué?
- CHICO.— Siempre he odiado esa palabra.
- HOMBRE.— ¿Y cómo te llamo?
- CHICO.— Como quiera pero chaval no.
- HOMBRE.— Hacemos un trato. Tú no me tratas de usted y yo no te llamo chaval.
- CHICO.— Me parece.
- HOMBRE.— Te llamaré Chico. Prefiero llamarte Chico a llamarte con cualquier nombre. Aquí nadie se llama como dice. El nombre es algo importante, casi íntimo. Chico es más auténtico. (*Pausa*) A no ser que quieras decirme tu verdadero nombre.
- CHICO.— Chico está bien.
- HOMBRE.— Yo me llamo/
- CHICO.— No quiero saber como te llamas.
- HOMBRE.— Está bien.

Silencio. El HOMBRE se va acercando hasta donde está el CHICO.

- HOMBRE.— Eres tímido, ¿eh? Las personas no son lo tuyo. Como si vinieras de un lugar deshabitado. ¿Vienes de la luna?
- CHICO.— No tienes ni idea.
- HOMBRE.— Dime de dónde vienes.
- CHICO.— No. (*Pausa*) Eso es más íntimo que el nombre.
- HOMBRE.— Un lugar puede decir. Tienes razón.

Silencio.

- CHICO.— Llevo poco en la ciudad.
- HOMBRE.— Eso está mejor.
- CHICO.— ¿Cuántos años tienes?
- HOMBRE.— Esto no funciona así, Chico. No. La confianza hay que ganársela.

CHICO.— Perdón.

HOMBRE.— No me pidas perdón. Prefiero no tener edad a inventarme una.

CHICO.— Entiendo.

Silencio.

HOMBRE.— ¿Ya has elegido?

CHICO.— No he venido a eso.

HOMBRE.— ¿A qué has venido? ¿A ver las estrellas?

CHICO.— Las estrellas... no. Solo quería escapar.

HOMBRE.— Todos nos escapamos aquí.

CHICO.— ¿De qué escapas tú?

HOMBRE.— De todo un poco: de mi casa, de mi vida, de mi trabajo... de mí.

CHICO.— A veces pasa. Tener que escapar.

HOMBRE.— Parece que sabes de lo que hablas.

CHICO.— Yo escapé viniendo aquí. A la ciudad. Nadie quería que viniese. Pocas personas saben que estoy aquí.

HOMBRE.— (*El Chico mira a los alrededores*). Yo siempre pongo excusas para poder venir, una reunión que se alarga, una cena con compañeros, trabajo, compromisos... (*Pausa*). Cada vez me preocupo menos en disimular. Tranquilo, ésta zona es segura.

CHICO.— No tengo miedo.

HOMBRE.— Las primeras veces que uno viene siempre tiene miedo por lo que se pueda encontrar, por si le ven, por si te encuentras con alguien conocido, pero enseguida uno se acostumbra y lo que era novedad pasa a ser rutina. A ti también te pasará. Serás rutina. Carne vieja. Nadie quiere una polla vieja pudiendo tener una nueva. Es como la vida misma. Usar y tirar. Claro que tiene el encanto de lo clandestino, pero hasta eso, puede ser tremendamente aburrido. Lo único bueno que aquí no tenemos que disimular.

CHICO.— ¿Disimular?

HOMBRE.— Sí, ya me entiendes. Ser otro. Fingir que no vienes aquí, que no sabes de la existencia de éste parque. Ocultar. Al fin y al cabo fingir es ocultar. En una ciudad como esta todos lo ocultan. En aquella parte se escandalizan. En esta somos nosotros mismos.

CHICO.— ¿Hace mucho que vienes al parque?

HOMBRE.— Años. Aunque no siempre. Cuando puedo.

- CHICO.— ¿Sabes? Hay más vida que éste parque.
- HOMBRE.— En esta ciudad no. No para gente como yo. Es esto o nada.
- CHICO.— Tu sabrás.
- HOMBRE.— No sé de dónde vienes pero aquí las cosas no funcionan igual. Aquí hay normas. Es mejor cumplirlas si quieres vivir tranquilo. Fuera de estas vallas ninguno se conoce aunque nos hayamos comido la polla la noche antes. Fuera de este parque no existimos. Es mejor así.
- Es cruel pero es así. Aquí todos lo somos. Tu lo eres conmigo y yo lo soy contigo. Todos pisamos al que podemos.
- CHICO.— Aunque sea cruel hay esperanza.
- HOMBRE.— ¿Es tu primera vez en un parque?

El Chico asiente.

- HOMBRE.— No te puedo creer.
- CHICO.— Vine por curiosidad. Antes no tenía una razón por la que venir.
- HOMBRE.— ¿Ahora sí?
- CHICO.— No conozco a mucha gente.
- HOMBRE.— Ahora ya me conoces a mí.
- CHICO.— Sí.
- HOMBRE.— ¿Quieres que vayamos a los arbustos?
- CHICO.— Se me ha hecho tarde.
- HOMBRE.— Como quieras.

El Chico anda el camino a la salida.

- HOMBRE.— ¿Puedo insistir?

El Chico se detiene.

- CHICO.— Nos veremos otro día.

El Chico sale. El HOMBRE se queda con la mirada perdida en la estela del paso del Chico. Oscuro.

ESCENA III Constelaciones

Días más tarde. De noche. El HOMBRE sentado en el banco. El CHICO llega.

HOMBRE.— Ya te lo dije. Todos volvemos al parque. En esta ciudad, antes o después, todos volvemos. Antes o después. Aunque reneguemos de él. Volvemos. Sabía que volverías. Intuición. Eso se nota en la mirada. No sé por qué. Aunque casi me haces dudar. Pero no. Sabía que tú volverías. Volverías y me encontrarías aquí. En el mismo sitio. Donde lo dejamos. Con las mismas flores. La misma suciedad. La misma mierda. La misma luna. A la misma hora.

CHICO.— No es la misma. La luna.

Pausa.

CHICO.— El otro día menguaba. Hoy está creciente.

HOMBRE.— ¿Cómo lo sabes?.

CHICO.— Porque miente.

HOMBRE.— ¿Quieres sentarte?

El CHICO se sienta dejando una distancia prudencial.

HOMBRE.— Acércate.

CHICO.— Estoy bien aquí.

Silencio.

HOMBRE.— Así que te gusta la luna. A mí también. Cuando la veo quiere decir que es nuestra hora, la hora oscura. Por eso me gusta. Pero no llena. Demasiada luz. Hace que haya menos donde elegir. Ya sabes (*señalando con la mirada los setos*). No quieren ser vistos. (*Pausa*). Correrse sin ser vistos...

CHICO.— A mi me gusta porque nos miente. Es su juego.

HOMBRE.— ¿El tuyo también?

Silencio.

HOMBRE.— Tranquilo, solo bromeaba. ¿Te apetece un cigarro?

CHICO.— No debo.

El HOMBRE saca un cigarro y lo enciende..

CHICO.— Creo que nos miran.

HOMBRE.— Aquí solo importamos tú y yo.

Silencio.

CHICO.— Bueno sí, dame el cigarro.

El HOMBRE le ofrece la cajetilla y él coge un cigarro. El CHICO se lo pone en la boca y el HOMBRE se lo enciende aproximándose en exceso. Tras el cruce de miradas, el CHICO recupera su espacio. Silencio.

CHICO.— (*Mirando al cielo*) Qué bonitas. Hacía mucho tiempo que no me fijaba en lo bonitas que son. Las estrellas. De crío me pasaba horas mirándolas todos los veranos en casa de mis abuelos. Ellos salían al patio a tomar el fresco y yo me tumbaba en el suelo, a su lado. En el silencio de la noche jugaba a reconocer constelaciones. Era como uno de esos pasatiempos de unir puntos y al final te sale el dibujo; eso hacía yo pero con las estrellas. Mi abuela decía que también las veía. Creo que sólo lo decía para que me sintiera bien. Así, cada día cambiaban. La Estrella Polar, la Osa Mayor, Piscis, la Cometa, la Pajarita, los Bigotes de Misu, el Coche de mi padre, la Iglesia del pueblo... Cada día había nuevas. Hacía tiempo que no las veía tan bien. Somos partes insignificantes y, al igual que las constelaciones, estamos todos conectados. Aunque no sepamos cómo ni para qué. (*Silencio*). Uno se puede perder ahí.

HOMBRE.— ¿Por eso estamos los dos aquí, ahora?

CHICO.— Seguramente.

HOMBRE.— ¿Y cuál crees tú que es la razón?

CHICO.— No lo sé.

Pausa.

CHICO.— ¿No te gustan las estrellas?

HOMBRE.— Prefiero mirarte a ti.

CHICO.— Prefiero que no me mires. Así no.

HOMBRE.— ¿Este juego va a durar mucho?

CHICO.— Si quieres me voy

HOMBRE.— Tomas tu tiempo y eliges. Para eso mandas. Nadie elige al nuevo.

El CHICO se levanta con intención de irse.

HOMBRE.— Invéntate una constelación ahora, para mí.

CHICO.— ¿Ahora?

HOMBRE.— Sí, para nosotros.

CHICO.— Ahí, ves la estrella que está algo separada de las otras tres, esa es el pico. De ahí haces un triángulo con aquella pequeña, y la que brilla mucho. ¿Lo ves? Luego imagina una línea recta hasta aquella, donde hay dos muy juntas. Esa línea tiene que llegar hasta un palmo de la luna. Luego tienes que imaginar otra línea debajo, ésta está un poco torcida. Si unes todos los puntos sale un barco, un barco de papel. ¿Lo ves?

El HOMBRE busca formas en el cielo mientras el CHICO observa al HOMBRE.

CHICO.— ¿Crees en Dios?

HOMBRE.— ¿Por qué me preguntas eso?

CHICO.— Por el crucifijo.

HOMBRE.— (*Dejando de buscar se lo guarda rápidamente en el interior de la camisa*) Es sólo un recuerdo, un regalo. (Pausa) Antes sí. Ya no. ¿Tú sí?

CHICO.— Antes no. Ahora no lo sé. Creo que sí. No sé si llamarlo Dios. (Pausa) Creo en las estrellas.

HOMBRE.— Me sorprende que un chico de tu edad crea en esas cosas. A tu edad no se piensa en esas cosas.

CHICO.— A mi edad se puede haber vivido mucho.

HOMBRE.— Tienes razón. Pero te voy a ahorrar mucho sufrimiento. Dios no existe. Asúmelo y cuanto antes lo hagas, mejor. Dios no existe y si existió nos dejó abandonados hace mucho tiempo. Si no, ¿por qué iba a dejar que viniésemos aquí y ahora?

CHICO.— Es un consuelo. Para mí lo es. Saber que Él está ahí, en las estrellas.

HOMBRE.— No es un consuelo. Es un castigo. Dios nos ha castigado, por eso nos manda fuera de la ciudad. Dios no está en este parque. Por eso podemos hacer lo que queremos, porque si Dios existiese... aquí no miraría jamás. Mira a tu alrededor. No le importamos. Aquí solo estamos tú y yo.

CHICO.— Si Dios no existe, entonces ¿Qué hago yo aquí?

HOMBRE.— No lo sé. Dímelo tú.

CHICO.— Creo que ha sido un error venir.

HOMBRE.— ¿Por qué dices eso?

CHICO.— Es mejor que me vaya.

El CHICO va a hacia la salida.

Miguel Mota //

HOMBRE.— Espera, hombre.

CHICO.— Gracias por el cigarro.

HOMBRE.— ¡Espera! ¿Mañana vendrás?

El Chico se detiene y se vuelve.

CHICO.— Seguiré las estrellas.

El Chico sale. Oscuro.

ESCENA IV
Noche

Al día siguiente el HOMBRE llega. Se sienta. Espera. Mira por donde suele venir el CHICO. Nada. Espera. Enciende un cigarro. Fuma. Espera. Mira al cielo. Busca. Nada. Se levanta. Tira el cigarro. Espera. Va a encender otro cigarro. No lo hace. Guarda la cajetilla. Espera. Sale en la dirección por donde suele venir el CHICO. Vuelve. Nada. Entra detrás de los arbustos. Nada. Sale. Vuelve a encender un cigarro. Fuma. A las dos caladas lo tira. Sale. Oscuro.

ESCENA V Vida

Otro día. Llega el HOMBRE. Espera. No está cómodo. Se sienta. Se levanta. Va. Vuelve. Se sienta. Va contra unos setos. Mea. Llega el CHICO.

CHICO.— (Quitándose unos cascós) Hola.

HOMBRE.— Hola. Me pillas...

CHICO.— Espero.

Pausa.

HOMBRE.— ¿Qué escuchabas?

CHICO.— A Chano Domínguez.

HOMBRE.— Ni idea.

CHICO.— Un pianista a dúo con un guitarrista. Me calma.

HOMBRE.— ¿Necesitas calma?

CHICO.— Cuando estoy nervioso sí.

HOMBRE.— Y ahora... ¿lo estás?

CHICO.— Menos.

Pausa.

CHICO.— Es un diálogo, entre el piano y la guitarra. Habla el piano y la guitarra responde, o al revés. A veces manda más uno. A veces otro. A veces se callan... A veces se complementan. Susurran. Gritan. Se enfadan. Dicen cosas que no querían decir...

HOMBRE.— Me lo tomaré como una disculpa.

CHICO.— Gracias.

HOMBRE.— He estado practicando. Con las estrellas. Con los dibujos en el cielo. Al final vi una forma de estrella uniendo los puntos.

CHICO.— Ya te he dicho que lo siento.

HOMBRE.— Perdona, no pretendía.../

CHICO.— ¿De verdad me esperabas?

HOMBRE.— ¿Necesitas que te responda?

CHICO.— Suele ser al revés.

HOMBRE.— Sigo aquí ¿no?

Dejan de Mirarse. Pausa. Se miran sin encontrarse, a destiempo.

- CHICO.— ¿Qué música te gusta?
- HOMBRE.— No escucho música. Pongo la radio de casa al trabajo y del trabajo a casa. Noticias.
- CHICO.— Qué triste. Todo el mundo debería escuchar música.
- HOMBRE.— ¿Por qué te gusta el pianista ese?
- CHICO.— Digamos que me ayudó mucho. Estás casado.
- HOMBRE.— ¿Qué? ¿A qué viene eso?
- CHICO.— Tu anillo.
- HOMBRE.— (*Mirándose la mano*) Tiene gracia. Pensaba que me lo había quitado.

Pausa.

- CHICO.— No tienes porque decirme nada.

Pausa.

- HOMBRE.— No te preocupes. Hace tiempo habría salido corriendo. Ahora ya... Ya no es un secreto. Bueno, sí. Lo es. Pero ya no me importa. Mi mujer y yo... no... no estamos muy unidos.
- CHICO.— Lógico. Estas aquí.
- HOMBRE.— Ella no sabe que vengo aquí. O al menos eso quiero creer. No tendría el valor para darle explicaciones. A ella no. Pero sabe que ya no la quiero, no como antes. Hace años que no follamos, que no hablamos de nada serio. Simplemente convivimos. Al principio sí que estuvimos unidos pero siempre había algo que me decía que aquello no funcionaba. A veces pienso que realmente pude estar enamorado de ella. Que llegué a quererla. Al final, una cosa llevó a la otra y por rutina o por dejadez seguimos juntos.

Pero qué estoy diciendo. Seguramente sepa que estoy aquí y me engaño creyendo que no lo sabe. Los dos lo sabemos y fingimos que no pasa nada.

- CHICO.— Vives fingiendo.

- HOMBRE.— Seguramente. ¡Sí! ¡Joder! ¡Sí! Todo el mundo finge. Claro que sí. Aunque sea por educación y guardar las formas. Es la única forma de convivir: fingir. Si no, nos mataríamos los unos a los otros a la primera de cambio. Fingir es una norma cívica. Es lo que nos permite mantenernos como sociedad. Seguramente tú ahora finges que te interesa lo que digo por no mandarme a la mierda que sería lo más probable.

- CHICO.— Eso es más triste que lo de la música. No pienso eso.

- HOMBRE.— No es triste, es la vida. La vida simplemente te coloca en tu sitio aunque no quieras. A todas las parejas les pasa. Se distancian. Cada uno hace su vida.
- CHICO.— Quizás.
- HOMBRE.— Es un acuerdo entre mi mujer y yo. Es así. A nosotros nos basta. No todo tiene que ser bonito. Eres demasiado joven para entenderlo. (*Pausa*) ¿Tienes pareja? ¿o la has tenido?
- CHICO.— Amigos más bien.
- HOMBRE.— Ya.
- CHICO.— Ahora sí. ¡Claro! Todo el mundo tiene amigos.
- HOMBRE.— Cada uno tiene su historia. Mira. Aquel hombre lleva en el parque desde... no recuerdo ni un día en que haya venido y no estuviera. Tiene una empresa de electrodomésticos. Aquel otro, es cliente mío. Se casó hace dos años y ahí lo ves. Fuera de aquí ni se atreve a mirarme a la cara. Como si apenas nos conociésemos. Ese otro está divorciado y tiene dos niñas, jugaban con... (*Pausa*) Casi nunca sale de los setos. Es más oscuro. Eso dice él. Cree que ahí no lo reconocen pero se equivoca. Todos tienen su historia. Todos fingen. Tu también. (*Pausa*) Estoy convencido que nadie sabe que vienes aquí. ¿Me equivoco?

Silencio.

Finges como todos. Nadie es especial. Nadie. ¿Lo entiendes ahora? Las cosas son y ya está. Tristes o no. Son nada más.

Silencio.

- CHICO.— ¿Y qué si no lo he dicho? Mis padres no entenderían que viniera aquí. Creo que no lo entiendo ni yo. Ellos, desde pequeño, solo se han preocupado de que esté bien. Que no me faltase de nada. Cuidarse sin más. Nuestra relación nunca ha sido muy... fluida. Siempre distantes. Se puede decir que ha sido práctica. Y mis amigos... tampoco sabría como explicarles qué es este sitio. ¿A quién quieres que le diga que vengo aquí? ¿A quién? Y ¿para qué?

- HOMBRE.— ¿Lo ves?

Silencio.

- CHICO.— ¿Quieres ver estrellas conmigo?

- HOMBRE.— ¿Quieres ir a los setos?

Silencio.

HOMBRE.— Entiendo tu juego. (Pausa) Hoy he tenido un mal día. (Levantándose) No me apetece ver estrellas. Quiero otra cosa. No he venido a contar estrellas.

El HOMBRE inicia el camino hacia los setos.

HOMBRE.— ¿Vendrás mañana?

CHICO.— Vendré.

El HOMBRE se detiene y le mira.

HOMBRE.— ¿Si te animas? (Pausa) Te miro, y es como si te conociera de antes.

El HOMBRE se pierde en los setos. El Chico mira en la dirección de los setos. Se pone los cascos y observa las estrellas. Oscuro.

ESCENA VI

Luz

Al día siguiente. El Chico sentado en el respaldo del banco. El HOMBRE llega. Luz intermitente de farola.

- HOMBRE.— ¿Ya no me tienes miedo?
- CHICO.— Nunca lo tuve.
- HOMBRE.— ¿No seguirás aquí desde ayer?
- CHICO.— No. Claro que no. He venido antes. Siéntate aquí. Está mojado.
- HOMBRE.— El tiempo hace que todo se ensucie. Sol, lluvia, barro, flores.
- CHICO.— Solo se mezclan.

Pausa.

- HOMBRE.— Ayer no quise incomodarte. Entiendo tu juego, a fuego lento... Cada uno tiene su momento.
- CHICO.— ¿Fuego lento?
- HOMBRE.— Es una expresión que usa mi mujer, y a mí se me ha pegado.
- CHICO.— ¿Qué tal el día?
- HOMBRE.— Intermitente. Como esa farola. Mi mujer quería que fuera con ella a escoger... es igual. El caso es que no he ido, y ella se ha enfadado. No te quiero aburrir con mis historias.
- CHICO.— Me gusta escucharte.
- HOMBRE.— Qué noche más extraña. Como si el tiempo se hubiera parado. Este aire húmedo. La tormenta. El aire. Era todo denso.

La farola más próxima a ellos se apaga del todo.

- HOMBRE.— Mejor así que esta intermitencia.
- CHICO.— Yo prefiero que tenga luz. No me gusta que las cosas se acaben.
- HOMBRE.— ¿Te da miedo la oscuridad?
- CHICO.— No es eso.
- HOMBRE.— No es triste que una farola se apague. Es triste que nunca haya tenido luz. Y aquí, al menos, hubo luz.

El HOMBRE saca su mechero y lo enciende entre ambos.

- HOMBRE.— Intermitente. Pero luz al fin y al cabo. ¿Mejor así?
- CHICO.— Gracias. ¿Crees en el destino?

- HOMBRE.— ¿Lo dices por la estrellas?
- CHICO.— Hablo de ser dueño de nuestras vidas.
- HOMBRE.— Nadie lo es. Nadie trabaja donde quiere, ni está con la persona que más le gusta, ni vive como esperaba vivir. Nos vamos dejando llevar y así sobrevivimos. Todo es por casualidad.
- CHICO.— ¿En serio crees que todo es casual?
- HOMBRE.— ¿Por qué habría de haber una razón para todo?
- CHICO.— Yo creo que sí. Que las cosas suceden por algo aunque no la comprendamos.
- HOMBRE.— Eso supondría que no podríamos esperar lo inesperado.
- CHICO.— Todo lo contrario. Eso supondría que todo está conectado. Lo inesperado también.
- HOMBRE.— Lo inesperado ha de ser casual para mantener su esencia.
- CHICO.— Lo inesperado tendría una razón de ser más fuerte que el azar.

Vuelve a encenderse la farola más próxima a ellos.

- HOMBRE.— ¿Y por qué se ha enciendo esta farola, ahora?
- CHICO.— Alguna razón habrá.
- HOMBRE.— Entiendo tu entusiasmo chico, de verdad que lo entiendo. Pero la vida no funciona así.
- CHICO.— ¿Cómo funciona?
- HOMBRE.— A tu edad también tenía la esperanza de que las cosas no se quedaran en lo que parecen. Crees que te vas a comer el mundo. Viajar, conocer gente nueva, encontrar el trabajo de tus sueños, vivir solo, con amigos, enamorarte, que alguien te descubra como un nuevo talento, ganar premios... pero sin darte cuenta, y eso es lo más grave, el mundo te devora. Nada de lo que esperabas se cumple. Así vives un año y otro, y otro. Entras en una espiral de rutina de la que no sabes salir y asumes que eso es la vida.
- Hay un momento en que realmente comprendes que eres uno más. Que no eres especial. Que la vida es eso y nada más. Es un segundo pero lo suficientemente largo para llegar a admitir tu fracaso y entender el minúsculo lugar que ocupas en el mundo. Entender que no le importas a nadie. Que tu vida está vacía. Que tu existencia es intrascendente. Que no eres imprescindible. Solo uno más. Igual que el resto. Acéptalo.
- (Pausa) La vida te enseña a esperar poco de ella.
- CHICO.— ¡No! De la vida se puede esperar todo porque todo es posible.

¿Por qué eres siempre tan pesimista?

HOMBRE.— Eres muy joven.

CHICO.— Solo tienes que ver lo bueno que te ofrece. Yo se lo veo.

HOMBRE.— ¿Y que me ofrece?

CHICO.— Que estemos aquí tú y yo.

HOMBRE.— (*Sonriendo*) Tienes razón.

Se miran.

CHICO.— ¿Nos vamos? Es tarde.

HOMBRE.— Que curioso, ese gesto me acaba de recordar a mi hijo.

CHICO.— ¿Tienes un hijo?

HOMBRE.— Sí.

CHICO.— No lo sabía.

HOMBRE.— Sí. Vámonos.

CHICO.— ¿Mañana?

HOMBRE.— Mañana.

Los dos salen del parque. El banco queda vacío. La farola vuelve a parpadear. Oscuro.

ESCENA VII

Sueño

Al día siguiente. Los dos sentados llevan un rato hablando. Ríen.

CHICO.— Entonces me desperté pensando que era mi estación y estaba a tiempo de bajarme, pero mi estación hacia tiempo que había pasado así que me bajé en la siguiente ciudad que estaba a 200 km. Allí estaba yo a las cinco de la mañana en aquella estación muerto de frío esperando al primer tren de vuelta. Lo cogí. Yo intentaba mantenerme despierto pero no del todo. Cabeceaba. Me despertaba de repente con la sensación de que me había vuelto a pasar la parada. Cuando estábamos a punto de llegar, me vuelvo a dormir y a pasar la estación pero en dirección contraria. Bajé en cuanto pude. En el pueblo más próximo. Así que lo que era un viaje de media hora se convirtió en diez.

Vuelven a reir.

HOMBRE.— Eres un caso.

CHICO.— Qué se le va hacer.

HOMBRE.— Al final cuantos...

CHICO.— Tres trenes y 500 km.

Vuelven a reir.

HOMBRE.— Eso te pasa por dormilón. Tus padres estarían preocupados.

CHICO.— Claro. Menuda bronca me cayó por la mañana. Hacia poco que me dejaban salir por una ciudad más grande. Por eso tenía que coger ese tren. Además estaba solo.

HOMBRE.— Ves como hay cosas que suceden por casualidad.

CHICO.— No volvamos a eso.

HOMBRE.— ¿Aprendiste algo?

CHICO.— A no dormirme en los trenes.

Vuelven a reir.

HOMBRE.— Las vueltas que diste para llegar al mismo sitio. Oye, ¿No tienes hermanos?

CHICO.— Soy hijo único.

HOMBRE.— Los padres se preocupan más cuando solo tienen uno.

CHICO.— Los míos es lo único que hacían. Preocuparse por todo. Prohi-

birme casi todo. Intentar que saliera poco. Siempre pendientes. Siempre encima. Siempre “por si acaso”. Contagiándome su miedo. Por eso el susto fue mayor al ver que no llegaba.

HOMBRE.— No les culpes. No es fácil ser padre.

CHICO.— ¿Lo sabes por experiencia?

Pausa. El HOMBRE asiente.

HOMBRE.— Ultimamente sueño con él, con mi hijo. Es raro, hacía tiempo que no me pasaba. (*Pausa*) ¿Sabes? También he soñado contigo.

CHICO.— ¿Sí?

HOMBRE.— Estábamos aquí pero a la vez yo te veía desde los setos. Estábamos en este banco, hablando como ahora, pero a la vez te sentía cerca; como si estuvieras a mi lado en los setos. Sin hacer nada. Solo estar. Era como que estuviera en los dos sitios a la vez. Pero estaba más oscuro, más misterioso. Creo que era por la luna. No estaba.

CHICO.— Siempre está.

HOMBRE.— No estaba, o no se veía. El caso es que de repente estábamos en los setos. Los dos. No sé si yo te lo propuse y tu accediste o cómo llegamos hasta allí. No sé, pero estábamos allí.

CHICO.— Si es un sueño caliente no quiero saberlo. No quiero que sigas.

HOMBRE.— No. No lo es. Bueno sí, en parte sí, pero no. Espera, ya me acuerdo. De entrada me dijiste que no y fui yo solo como otras veces pero cuando llegué tú me estabas esperando. Comenzamos a enrollarnos. Me besabas, me acariciabas...

CHICO.— Ya te he dicho que no quiero oírlo. Calla.

HOMBRE.— Déjame que te lo explique. Tu apenas dejabas que te tocase, solo tú podías hacerlo. Para eso mandabas. Me habías elegido. “*Son mis reglas*” me dijiste. Bajaste hasta mi bragueta y entraste en ella...

CHICO.— ¡Para, joder!

HOMBRE.— Espera, pero mi otro yo, el que permanecía en el banco observándonos desde fuera, gritaba que parase, que aquello no estaba bien. Pero yo seguía. Tenía que seguir. Quería seguir. No lo podía controlar. En un momento quise besarte y cuando lo fui a hacer ya no eras tú, eras mi hijo. En ese momento me despertó mi mujer: “Has tenido una pesadilla: lo estabas llamando”.

CHICO.— ¿Qué hiciste?

HOMBRE.— Volver a dormir, pero no podía. Me venías todo el tiempo a la cabeza. Cuando conseguí dormir, volvíamos a estar tú y yo aquí.

Pero ya no hacíamos nada. Uno frente al otro. Mirándonos.
Luego me quise ir y tú dijiste mi nombre.

CHICO.— ¿En serio?

HOMBRE.— Soñé que decías mi nombre.

CHICO.— ¿Por qué me lo cuentas?

HOMBRE.— Porque salías en él. Me impactó. No es que quiera liarme contigo. Eso ya lo sabes. Era otra cosa. He estado dándole vueltas durante todo el día. Pensé que igual sabías algo de sueños o esas cosas.

CHICO.— Solo estrellas. Lo siento. (*Pausa*) ¿Para ti qué significa?

HOMBRE.— No lo sé. Pero me dejó mal cuerpo.

CHICO.— Creo que cuando se sueña con alguien se establece un vínculo. Que esas personas están unidas. Aunque no se conozcan. Aunque no sea algo lógico... pero no tiene por qué serlo, ¿no?

HOMBRE.— ¿Eso crees? Tú y yo algo nos conocemos. Es igual. Sólo quería contártelo, quería compartirlo y no tenía con quien. Nadie lo entendería.

CHICO.— Gracias.

HOMBRE.— Me voy. He tenido suficiente por hoy.

CHICO.— ¿No vas a los setos?

HOMBRE.— ¿Me estás proponiendo algo?

CHICO.— No, perdona.

HOMBRE.— Hoy no. Hoy no vine a eso.

El Hombre inicia la salida pero antes de salir para y se gira para ver al Chico. Ambos se miran. Oscuro.

ESCENA VIII

Hijo

El HOMBRE llega hablando por teléfono. El CHICO lo ve sin que el HOMBRE lo vea.

- HOMBRE.— No quiero ir. Sé qué día es. Sí. He visto las flores. Sigo en la oficina. No me esperes. Lo sé. Y yo a ti. Adiós.
- CHICO.— Llegas pronto.
- HOMBRE.— Al final te has aficionado al parque.
- CHICO.— ¿Tu mujer?
- HOMBRE.— ¿Mi mujer? Sí.

Silencio.

- CHICO.— Puedes contármelo.

Silencio.

- HOMBRE.— Se empeña en que la acompañe al cementerio.
- CHICO.— Háblame de él. ¿Cómo era? (*Pausa*).
Si quieras.
- HOMBRE.— Era... alto, fuerte, alegre, sobre todo alegre. Siempre estaba...
¿Cómo sabes que está muerto?
- CHICO.— ¿Qué?
- HOMBRE.— ¿Cómo sabes que está muerto?

Pausa.

- CHICO.— Lo he supuesto por lo del cementerio.
- HOMBRE.— Claro.
- CHICO.— ¿Cómo era?
- HOMBRE.— Siempre está alegre. Sabe contagiarte su buen humor. Es un soñador. Tiene más o menos tu edad. Siempre ideando. Tiene mucha imaginación. La verdad, no sé de quién la sacó. Pinta todo lo que ve. Siempre con su libreta. Sin separarse de ella. Su cuarto está repleto de dibujos y pósters. Permanece igual. Nadie ha tocado nada. Es como un santuario. Ni a mi mujer ni a mi nos gusta entrar. Como si no existieran esos diez metros cuadrados de la casa. Al principio la puerta estaba cerrada. Ya no. Pero como si lo estuviera.

Pausa.

Le gusta mucho el cine, sobre todo de terror. Siempre consigue llevar a su madre, aunque ella no quiera. Las detesta. Pero él te

pone esa sonrisa y no puedes decirle que no. Se puede decir que hasta fuimos felices. Hubo un tiempo en que sí.

Mirarnos y saber lo que pensaba el otro. Nos inventamos nuestro propio código: guiño derecho: si; izquierdo: no; doble parpadeo: no se lo digas a mamá. Me esperaba sin dormirse hasta que llegaba a casa y le besaba la frente. Me abrazaba mil veces sin motivo, solo porque me quería. Me enseñaba sus dibujos antes que a nadie. Valoraba mi opinión. Quería que fuera el primero en contemplar su arte. Nos dibujaba en casa, a caballito, en sus partidos... pero siempre sonriendo.

Me hizo un álbum de fotos nuestras. Su primer campeonato, de vacaciones, soplando las velas, la primera vez que le cogí en brazos.... Sólo él y yo. Los dos juntos. Lo hizo a escondidas él solo, sin ayuda, y me lo regaló el día del padre. Una vez, discutiendo con otro padre a la salida del colegio, la cosa fue a más y él me defendió. Se interpuso ante el otro padre y me defendió y eso que solo era un canijo. Me hacía sentir importante. A pesar de lo poco que me veía, me admiraba.

Todos los sábados por la mañana había que llevarlo a los partidos. Se levantaba a las siete para prepararse aunque faltasen cuatro horas. Se entusiasmaba por lo que hacía. Era yo el que le llevaba. Esos trayectos eran nuestro momento. Sólo él y yo. Haciéndonos reír mutuamente. Me contaba como le había ido el cole, el cromo que le faltaba, lo que había comido o como fue el último gol. Hacía mucho deporte. Le encantaba nadar, salir a correr, el fútbol.

De mayor, nos distanciamos. Les pasa a todos los padres. La adolescencia es dura desde las dos partes. Hablábamos cada vez menos. No íbamos al cine. No me enseñaba sus dibujos. Ya no le llevaba a los partidos. No quería. (*Pausa*).

Siempre supe que él lo sabía y no lo aceptaba. Lo notaba en la forma en que me miraba. Se avergonzaba. Un día, aquí, por aquella zona, vi la sombra de un chico como tú. Al verlo salió corriendo. Dejé al hombre con el que estaba y fui tras él pero no lo alcancé. Nuca lo hablamos pero siempre supe que era él. Desde entonces me esquivaba. Se encerraba en su cuarto cuando yo llegaba a casa. A penas me dirigía la palabra. Intenté hablarlo con él. Explicarle. Nunca lo hice. No tuve el valor. Solo le pegué una vez, un día que llegó borracho lo fui a coger y me dijo: "no me toques, maricón". Me arrepentí. Aún lo hago. Que otra cosa podía llamar a su padre. (*Pausa*) Estuve semanas sin venir. No pude. Siempre se vuelve al parque.

CHICO.— ¿Cómo murió?

HOMBRE.— Un borracho hijo de puta se saltó un ceda el paso y se llevó su coche por delante. No se pudo hacer nada. Hacía tanto que no hablaba de él. La gente ya no te pregunta. Asume que es doloroso y lo olvida pero un padre tiene que recordarle para que no muera del todo. No quiero ir al lugar dónde murió a llevarle flores de plástico. No me gusta. Ese cruce me da escalofríos. Siempre lo rodeo con el coche aunque tenga que dar más vueltas. Prefiero tener su recuerdo vivo a ver un cruce muerto. Su madre lo lleva peor que yo. No lo supera. Imagino que para una madre no es lo mismo. Cada uno lo lleva como puede. El dolor es incierto. Nunca sabes por dónde va a salir.

CHICO.— ¿Hace mucho que...?

HOMBRE.— Seis años.

CHICO.— No sé qué decir.

HOMBRE.— No hace falta que digas nada. Perdóname. Venimos aquí a olvidarnos del mundo y te traigo las miserias del mío. Gracias por escucharme. Nunca lo hablo con nadie. Ni siquiera con mi mujer.

CHICO.— Gracias por contármelo. No tenías por qué.

HOMBRE.— Quería hacerlo. Por alguna extraña razón quería hacerlo.

CHICO.— ¿Crees en serio que nos hubiéramos llevado bien?

HOMBRE.— Estoy convencido.

El Chico sonríe.

HOMBRE.— ¿Por qué lo preguntas?

CHICO.— Me gusta la idea. Nada más.

HOMBRE.— Cuéntame algo de ti.

CHICO.— Era muy mal estudiante. Tampoco es que les diera mucha importancia a los estudios. Creo que hay cosas más importantes de las qué preocuparse. Me gusta leer. Eso sí. Pero estudiar... nada.

HOMBRE.— ¿Qué lees?

Silencio.

CHICO.— De pequeño me detectaron una enfermedad coronaria. Estuve mucho tiempo enfermo. Fui de hospital en hospital, de ahí mi afición a los cómics de superhéroes. Saltaba de la cama y me colgaba de los edificios con mi tela de araña. Conducía mi súper coche y volaba por los aires con mi capa roja. Quería ser como ellos. Vivir todas esas aventuras. Salvar a gente desconocida con mis poderes. Olvidarme durante unas horas de quién era real-

mente y dónde estaba. Soñar que era otro. Que tienes la vida de otro. Que eres feliz y no tienes miedo a nada. Todo con tal de salir de los hospitales donde pasé la mitad de mi vida.

Por eso los deportes nunca fueron mi fuerte. Enseguida me cansaba y me ahogaba con facilidad. Aunque quisiera no podía, mi cuerpo no respondía. Quería ser uno más con todas mis fuerzas. Pero mis compañeros no me elegían para sus equipos. Al final no tuve más opción que ser un mero observador. Soñaba con tener una vida como la de tu hijo.

HOMBRE.— La vida es misterio.

CHICO.— No es como parece.

HOMBRE.— Nada lo es.

Largo silencio.

CHICO.— ¿Laquieres? (Pausa) A tu mujer.

Silencio. El HOMBRE mira al CHICO.

HOMBRE.— Supongo.

CHICO.— ¿Supones? Le dices te quiero.

HOMBRE.— Es una frase hecha. No tiene mayor importancia.

CHICO.— Siempre la tiene. (Pausa). ¿Lo haces para que se sienta mejor?

HOMBRE.— El dolor nos une, supongo.

CHICO.— ¿Eso es para ti el amor?

HOMBRE.— Este parque está lleno de amor. ¿No lo ves? Hombres que buscan alguien que les toque. Para sentir que son amados durante unos minutos. Todos buscan esa mentira compartida. Amor con fecha de caducidad. Algo líquido que se evapora cuando se corren. Al acabar volverán a ser unos desconocidos pero en ese momento se amaron. Han sentido el tacto de otro cuerpo. Su respiración. Su olor. Su peso. Su pulso. Los pañuelos y condones que ves por el suelo son cicatrices de amor. Dónde la gente ve mierda yo veo afecto.

Un acto de fe cuando todo es mentira.

CHICO.— Lo reduces a deseo.

HOMBRE.— Se desea o no.

CHICO.— No es solo eso.

HOMBRE.— Todos aquí queremos sexo.

CHICO.— Te hablo de algo que traspasa el alma. Sale de los ojos. Nos atraviesa y nos rompe. Por eso es verdad. Porque parte de ti pasa al otro.

- HOMBRE.— Eres un romántico. Como todos. No eres distinto.
- CHICO.— Tú hijo no asumió que vinieras aquí. No que fueras así.
- HOMBRE.— Mi hijo no está.
- CHICO.— Se avergonzó de este sitio. No de ti, sino de ti aquí. Amas ésto tanto como lo odias. Lo odias porque no eres tú. Dices que aquí puedes ser libremente quien eres. Que dejas de fingir pero no es así. Aquí finges más que en ningún sitio. Mírate. Te reduces a una parte de lo que eres, y sé que eres más. Lo he visto estos días. Mírate.
- HOMBRE.— No hables de él. No te pertenece.
- CHICO.— A ti tampoco.
- HOMBRE.— Acepta el mundo tal cual es.
- CHICO.— Aquí no puede haber amor. Hay sexo. Nada más.
- HOMBRE.— ¿Crees que no entrar en los setos te hace mejor?
- CHICO.— No es eso.
- HOMBRE.— ¿Entonces qué es?
- CHICO.— ¿De verdad tienes fe en esto? ¿De verdad?
- HOMBRE.— ¿Para qué vienes?
- CHICO.— Me gusta pasar tiempo contigo. Es todo.
- HOMBRE.— Siempre me lo he preguntado pero pensé que llegarías a entrar alguna vez. Curiosidad. Luego creí que eras un voyeur. Tampoco. Apenas miras al resto. Que solo hables conmigo no es normal. Conozco mis limitaciones. Nadie de tu edad habla con un hombre mayor como yo. Pero tú, no. Tú me esperas solo a mí.

Silencio.

- CHICO.— No busqué sentir esto. No pensé que alguien que viniera aquí fuese como tú. No sé explicarlo.
- HOMBRE.— ¿A qué has venido?
- CHICO.— Hace tiempo que te busco.
- HOMBRE.— ¿Cómo?
- CHICO.— Tengo miedo.

El HOMBRE queda asombrado. El CHICO se aproxima a él.

- CHICO.— No pude evitarlo. Te vi aquí. Me dejé ver. No me atrevo. Debía ser más fácil pero no me atrevo. Cuídame.

El CHICO se aferra al HOMBRE, quien queda perplejo y separa al CHICO.

- HOMBRE.— ¿Quién eres?
- CHICO.— Pedro.

Silencio. El CHICO va hacia él y le da un fuerte abrazo.

CHICO.— Gracias.

HOMBRE.— ¿Cómo sabes mi nombre?

CHICO.— Hoy es mi otro cumpleaños. Tengo dos. El que nací y el día que volví a nacer. Tu hijo me salvó la vida y tenía que agradecérselo a alguien. Te estuve buscando hasta que di contigo. Tengo una amiga en el hospital que me consiguió tus datos. No sabía como hacerlo. Para mí no es fácil. ¿Comprendes? Tenía que daros las gracias por salvarme la vida.

HOMBRE.— ¿Qué estás diciendo? ¿De qué coño estás hablando? ¿Quién eres?

CHICO.— Pedro, tengo el corazón de tu hijo.

HOMBRE.— ¡Dios! ¡No!

CHICO.— Me lo trasplantaron justo después del accidente. Pero no pensé que fuera a sentir algo por ti.

HOMBRE.— No. No. No. No puede ser.

Silencio.

HOMBRE.— No puedo creerlo.

El CHICO se abre la camisa y le muestra la cicatriz del pecho. El HOMBRE retrocede y huye. El CHICO se desploma sobre el banco. Oscuro.

ESCENA IX

Regreso

Poco después. Esa misma noche. El Chico está sentado en el banco. Espera. No quiere irse. Busca y espera. Busca y espera. Se acuesta y se queda dormido en el banco. El Hombre aparece dubitativo por el fondo.

- HOMBRE.— Necesito que te expliques. Tengo que saber.
- CHICO.— Gracias. Por volver.
- HOMBRE.— Estoy confuso. ¿Tienes el corazón de mi hijo?
- CHICO.— ¿Donasteis sus órganos?
- HOMBRE.— Sí pero...
- CHICO.— Por eso tu hijo me salvó. Llevaba años esperando esa llamada.
- HOMBRE.— La misma que a mi mujer y a mí nos rompió para siempre.
- CHICO.— Estaba casi al límite. Desde pequeño siempre enfermo. La enfermedad coronaria era hipertrófica por lo que siempre me dijeron que iría a peor. Nadie pensaba que aguantara tanto como lo hice. Pero así fue. Yo siempre tuve la esperanza del milagro o como quieras llamarlo. El caso es que dijeron las palabras mágicas “corazón compatible”. La operación salió bien, y todo el post-operatorio también. Fue duro. Muy duro. Pero afortunadamente mi cuerpo no rechazó el órgano. Ha sido un proceso largo, y ahora que estoy vivo. Que me siento vivo...
- Por fin podría tener una vida real, no inventada. Una vida propia, mía; sólo mía y de nadie más. Ni de mis padres, ni de los médicos, ni de otros... mía. Sin fantasías, ni cómics. Simplemente yo. Tenía que descubrirme.
- Pedro, me sentí tan agradecido por estar vivo que tenía que agradecérselo a alguien, pero no tenía a quien.

Silencio.

No espero que lo entiendas. Solo que me oigas. Durante la recuperación tuve mucho tiempo para pensar. Todo el mundo se alegraba mucho por mí. Por fin tendría un futuro. Yo estaba contento por mi avance pero a la vez otra parte de mí no dejaba de pensar en que para que yo estuviera así; otra persona había muerto y que otra familia estaría rota de dolor. Toda la felicidad de mi familia era proporcional al dolor de la vuestra. Y el mío al tuyo. A tu dolor.

Silencio.

- HOMBRE.— No sabes lo que es recibir esa llamada. Nadie lo sabe. Ni puedes llegar a imaginártelo. Pero cuando llega... Es... Es... Es como que el tiempo se detuviera. Pegas un grito mudo que recorre todo tu cuerpo; como la mecha de una bomba a punto de explotar. Pero no explotas y esa sensación se queda dentro de ti. Sin poder salir. Y cada vez más dentro y más y más.
- Lloras de rabia, de impotencia, de culpabilidad, de todo. Y ves tu rostro en el espejo del coche y por un instante quieres hacer la locura de acelerar hasta que todo acabe pero te recompones y sacas fuerzas para llamar a tu mujer. Desde entonces ya no soy su marido. Soy quien le dijo que su hijo había muerto.
- CHICO.— Siento la muerte de tu hijo.
- HOMBRE.— ¿En serio? Tú no puedes sentirlo.
- CHICO.— No es que me sienta culpable. Pero siento tu pérdida.
- HOMBRE.— Tu estas encantado con.../
- CHICO.— ¡No es justo!
- HOMBRE.— ¿Qué no es justo? Que me hayas estado tomando el pelo. Que un hijo de puta se saltara un ceda el paso. Que te haya contado mi vida cuando tú ya la sabías. ¿Qué? ¿Qué no es justo?
- CHICO.— Yo no he matado a tu hijo.
- HOMBRE.— Pero te beneficias de ello.
- CHICO.— ¿Qué querías que hiciese? Años de medicación, de tratamientos, de estar encerrado en una cama mientras todos corren. Siendo prisionero de tu cuarto y de tu cuerpo. Años de retraso frente a los niños de tu edad que te miran con desprecio por no ser igual. Me he pasado así la vida, siempre por detrás del resto. Y cuando te dicen que eres el primero de la lista te alegras durante un segundo pero en el siguiente te das cuenta que ya se pueden dar prisa porque significa que estas bien jodido si estas el primero de la lista.
- HOMBRE.— Ahora comprendo porque el proceso es confidencial.
- CHICO.— ¡Tú no has tenido que llamar a tus seres queridos para despedirte! ¿Sabes lo que es eso? Acaso crees que es una operación fácil. Mucha gente se queda en la mesa de operaciones. Es a vida o muerte. Todo o nada. Así que te la juegas, o te quedas sin hacer nada y te dejas morir a “fuego lento” como tú dices; o lo intentas y lo apuestas todo al resquicio de vida que te ofrecen.
- ¿Sabes lo que es llamar a tu familia, a tus pocos amigos, a... a... y decirles que les quieres mucho y que te sientes afortunado de haberlos conocido? ¿Tú no te despedirías de ellos si tuvieras la

oportunidad? ¿Sabes lo que es eso? ¡Qué coño vas a saber!

Estás acojonado, afortunado, inquieto, nervioso, feliz, esperanzado pero sobre todo tienes un miedo atroz que no quieras compartir para que tus padres te vean fuerte y darles a ellos la esperanza que tú quisieras tener pero no tienes.

Mí tiempo también se paró. Mí tiempo se paró. ¡Si hasta estuve en coma!

Largo silencio.

CHICO.— ¿Comprendes ahora que quisiera verte? Agradecerte lo que hicisteis por mí sin ni siquiera conocerme.

HOMBRE.— En esos momentos ni te das cuenta de lo que firmas. Él era donante e hicimos lo que él quería. Ni nos acordamos de sus órganos. Fue lo de menos.

CHICO.— Para mí lo fue todo.

Solo quería saber más de él a través de ti. Conocer la otra parte. Al principio estuve a punto de irme sin decirte nada. El parque, los hombres, los setos... tú... Pero durante estas semanas pude ver como eras más allá de todo esto. Tu dolor. Tu fragilidad. Tu miedo. Tu forma de ver la vida. Tu hermosura... Te cogí... cariño...

Silencio.

HOMBRE.— ¿Cómo me encontraste?

CHICO.— Una amiga que trabaja en el hospital me dio algún dato del donante. Me dijo el nombre de la ciudad y yo busqué en las esquelas del día de la operación. Eso y viendo las edades de los fallecidos. Así lo supe. Luego ya fue investigar por internet. Está el mundo conectado. No fue difícil.

HOMBRE.— ¿Y el parque?

CHICO.— Guardé vuestro nombre durante años pero no me atreví a venir. Hasta que un día me decidí y di el paso. Me trasladé aquí y empecé por ir al banco. Allí te vi y te seguí hasta casa. Al día siguiente lo volví a hacer y entonces viniste aquí. Luego ya comprendí lo que era este sitio y pensé en ir dejándome ver. Me quería presentar pero no sabía cómo. Por eso no te hablaba al principio.

HOMBRE.— ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Qué quieres que haga?

CHICO.— Nada. Que me hayas escuchado ya es suficiente.

HOMBRE.— ¿Y mi mujer?

- CHICO.— ¿Qué pasa con ella?
- HOMBRE.— ¿También la has seguido?
- CHICO.— No. No sé por qué, pero no. Sólo te lo quise contar a ti. Os vi un día desde lejos.
- HOMBRE.— A ella no le digas nada, por favor. No quiero que lo reviva.
- CHICO.— No lo haré.
- HOMBRE.— Gracias.

Silencio.

- HOMBRE.— ¿Qué viste cuando te despertaste?
- CHICO.— Antes de ir solo recuerdo cuadros con cuadrados y fluorescentes pasando sin cesar por un laberinto de pasillos. Al despertar todo era borroso. Tubos y más tubos desenfocados.
- Si esperas que viera a tu hijo, o algo así. No. No lo vi. Eso sólo pasa en las películas. Solo quería quitarme los tubos de la cara, del cuerpo, de... pero no puedes porque te dejan atado. Parece ser que es un acto reflejo. "Por seguridad".
- No sabes ni dónde estás, ni qué haces... apenas ni quién eres hasta que cobras la conciencia, pero no dejas de estar en un limbo quirúrgico. Es todo muy confuso.
- HOMBRE.— Dímelo a mí. Estoy frente al corazón de mi niño y no sé que... qué hacer, qué decir. No lo sé.

Silencio.

- CHICO.— Yo no quería hacerte sentir mal. Solo.../
- HOMBRE.— ¿Por qué es tan importate para ti?
- CHICO.— (*Emocionado*) Porque si no lo hacía me arrepentiría. No lo sé explicar pero tenía que hacerlo por mí. Y por la memoria de quien me regaló una vida extra. Es un regalo lo suficientemente hermoso como para no dar las gracias por él. ¿Tú no lo harías?
- HOMBRE.— ¿Tus padres que opinan de esto?
- CHICO.— Ellos... no saben a que he venido realmente. Piensan que he venido a trabajar. (*Pausa*) Tiene gracia, al final tenías razón, todos fingimos. Yo también.
- HOMBRE.— Prefería que no lo hubieras hecho. Fingir.
- Es tarde. Muy tarde. Todo esto es demasiado. Creo que es mejor que me vaya.

El HOMBRE inicia la salida.

CHICO.— (*Antes de que salga*) ¿Mañana vendrás?

El HOMBRE frena su salida unos segundos. Sin mirar al CHICO reanuda su paso. El CHICO no deja de mirar al HOMBRE irse. Oscuro.

ESCENA X **Oscuro**

Al día siguiente el CHICO llega. Se sienta. Espera. Mira por donde suele venir el HOMBRE. Nada. Espera. Se pone los cascos. Espera. Mira al cielo. Busca. Nada. Se levanta. Se quita los cascos. Los guarda. Espera. Sale en la dirección por donde suele venir el HOMBRE. Vuelve. Nada. Entra en los arbustos. Nada. Sale. Vuelve a sentarse. Nada. Sale. Oscuro.

ESCENA XI

Padre

Días más tarde el CHICO está sentado en el suelo apoyado en la farola. El HOMBRE llega dubitativo.

CHICO.— Pensaba que no nos veríamos más. (Pausa) Hace días que no vienes.

Silencio.

HOMBRE.— Haber ido a mi casa. Sabes dónde es.

CHICO.— No quería. Este sitio, a pesar de todo, es más íntimo, más nuestro.

HOMBRE.— ¿Ahora vas a tener reparos para violar mi intimidad?

CHICO.— ¿Vas a estar castigándome todo el tiempo? ¿A tú hijo lo castigabas igual?

Silencio.

¿Eras buen padre?

HOMBRE.— (Mirándolo) ¿Eres buen hijo?

CHICO.— No lo sé. Supongo que... sí, o no. No lo sé. Eso no se sabe.

HOMBRE.— Nadie te enseña. Improvisas. Improvisas continuamente. Haces lo que puedes, aunque no suele ser suficiente. Quieres protegerlo. Debes protegerlo. Pero no puedes aislarle del mundo. No basta con darle de comer, vestirle, educarle, pasar tiempo juntos, escucharle... siempre crees que nunca es suficiente. Incluso para alguien como yo. No es que yo lo hiciera demasiado, pero lo hacía. Lo sentía.

Es una sensación extraña cuando lo tienes en brazos la primera vez. No se puede comparar con nada. No sabes ni cómo cogerlo y te acojonas al ver a esa vida tan vulnerable y verte a ti como su protector. ¡Tú! Que crees que se te va a caer en cualquier momento. Es como en un sueño. Todo adquiere un punto irreal demasiado real. Como si fueras espectador y protagonista al mismo tiempo.

En mi casa eramos cinco hermanos, y eso curte. Pero velábamos los unos por los otros. Se forja una especie de tutela de los mayores frente a los pequeños. Pero él... él estaba solo. Solo. Y no estuve allí para protegerlo.

CHICO.— No tienes la culpa. No podías hacer nada.

HOMBRE.— ¡Ahí está el problema! Que nunca sabré si pude haber hecho algo. Ese día yo estaba aquí, en el parque. No estaba en casa. No lo llevé a aquella fiesta. No... Ahora te veo ahí. Latiendo por él. Me quiero alegrar por ti. Creo que en el fondo lo hago, pero a la vez te odio y creo en el fondo, también lo hago.

CHICO.— Da igual dónde estuvieras y lo que hicieras. No se puede proteger a alguien constantemente. La única forma es robándole la libertad. Pero ningún padre quiere que su hijo no sea libre.
Libre para poder equivocarse. Para tomar sus propias decisiones. Para formarse a sí mismo. Sólo podrías haberlo “protegido” encerrándolo. Pero no querías eso para él.

Silencio.

Si era tan libre, tan dinámico y tan vital como dices. Lo hiciste bien. Vivió su vida intensamente. Le diste su espacio y él lo aprovechó. No te atormentes más.

HOMBRE.— Sí. Pero...

Silencio.

CHICO.— ¿Sabes lo que significa Rafael?

El HOMBRE niega con un gesto.

CHICO.— “*Medicina de Dios*”. Cuando lo descubrí lo tomé como una señal para sacar el valor que me faltaba y poder venir.

No hay nada casual. Estamos conectados, como las estrellas, como el universo. Rafael me salvó. Así que no murió en vano. Tuvo un sentido.

HOMBRE.— No lo sabía. Su madre se lo puso por su abuelo.

CHICO.— Pues hasta eso tiene un sentido para mí. No sé si puedes comprenderme.

Silencio. El CHICO se abre un poco la camisa, coge la mano del HOMBRE y la pone en su pecho.

CHICO.— ¿Lo notas? ¿Sientes como late?

Segundos más tarde.

CHICO.— En realidad tengo dos corazones, el suyo y el mío. Están conectados. ¿Comprendes? Mi caso fue especial. Es un trasplante heterotópico. Por eso tengo dos. El mío y el de Rafael. Si uno falla está el otro.

El HOMBRE aparta la mano.

HOMBRE.— ¿Conectados?

CHICO.— Sí. (*Pausa*) Quirúrgica y emocionalmente.

Tras la operación todo cambió. No era igual. No era yo. Era yo, pero otro yo. No sé explicarlo. Desde que salí del hospital y pude tener una vida normal... Empecé a pintar; a escuchar a pianistas; a gustarme la música indie; a jugar al fútbol; a correr; a nadar; a ver pelis de terror que antes detestaba y ahora me dan risa.

Mi personalidad se fue moldeando. Al principio pensé que todo era por mi nueva vida. Por hacer cosas que antes no podía. Pero no. Lo sé. Descubrí cualidades que hasta entonces no me pertenecían y ahora, de pronto, son mías.

Cuando me contaste como era Rafael... todo me resultaba familiar. Todo empezó a cobrar sentido. Él, su forma de ser, su cariño hacia ti, su rabia, sus gustos... mis nuevos gustos, mí carácter, mí rabia, mí cariño... Aunque no lo haya vivido contigo. Estos días lo he visto claro. Una parte de él pasó a mí. Él me cedió sus recuerdos para que se los guardase. Me dio su ser y con él su esencia. Igual que tengo dos corazones tengo dos memorias aunque sea de forma inconsciente. Lo he investigado. Hay algo del donante que pasa a la persona trasplantada. Por eso, desde que te vi te siento muy próximo. Cercano. Como si nos conocieramos de antes. Por eso te busqué. Necesitaba saber quien era yo.

HOMBRE.— No lo entiendo. Lo mismo me ocurre contigo.

CHICO.— Creo que es posible. Que soy parte de él.

El Chico comienza a recrear un juego infantil tapándose los ojos coreográficamente.

CHICO.— Guiño derecho: sí; izquierdo: no; doble parpadeo: no se lo digas a mamá.

Silencio.

HOMBRE.— (*Emocionado*) ¿Eres tú?

Silencio.

¿Rafael?

CHICO.— (*Pausa*) ¿Papá?

HOMBRE.— ¡Hijo!

El HOMBRE da un fuerte abrazo al CHICO. Silencio. El CHICO se separa levemente.

CHICO.— Solo quería que lo supieras. Que no murió del todo.

HOMBRE.— Gracias.

CHICO.— Prometo cuidarlo bien. (*Pausa*) Mañana es mí última noche en la ciudad. Vuelvo a casa. Me gustaría que vinieras mañana. ¿Vendrás?

El HOMBRE lo vuelve a abrazar con más fuerza.

HOMBRE.— (*Sin soltarle*) Vendré.

Oscuro.

ESCENA XII Pálpitos

Al día siguiente los dos entran a la vez. Se miran y se detienen simultáneamente. El Chico lleva un pequeño ramo de rosas.

HOMBRE.— (Tímido) Hola.

CHICO.— Hola. (Acercándose) Son para ti. Bueno, para él. Me gustaría que las llevases al cruce.

El hombre reniega de la idea con un gesto.

Sé que lo incinerasteis y por eso tu mujer va al semáforo. Es bueno tener un lugar donde llorarle.

Sé que no te gustan de plástico.

Silencio.

Deberías perdonarte. Reconciliarte con él.

Silencio.

HOMBRE.— Ve tú. Si quieres te doy la dirección.

CHICO.— De mi parte. Por favor.

HOMBRE.— Sabes que no he ido en mucho tiempo.

CHICO.— Por favor.

HOMBRE.— No te lo prometo pero lo intentaré.

CHICO.— Sé que podrás.

El Hombre coge las flores. Ambos van hacia el banco para sentarse.

HOMBRE.— ¿Vives muy lejos?

CHICO.— A cuatro horas al norte.

HOMBRE.— ¿No me vas a decir ni siquiera tu nombre?

CHICO.— En la tarjeta de las flores está mi teléfono y mi dirección por si te apetece verme. Mario. Me llamo Mario.

Pausa. El HOMBRE saca una foto de su cartera.

HOMBRE.— Ten. Es Rafael, me gustaría que la tuvieras.

CHICO.— Pedro... no sé qué decir.

HOMBRE.— Guárdala. Creo que la debes tener. (Pausa). ¿Te importa que te haga una?

El CHICO asiente. Pausa. Se hacen una fotografía juntos.

HOMBRE.— Me gustaría recordarte.

CHICO.— No tiene porqué acabar aquí.

HOMBRE.— Lo sé.

Pausa. El Chico se recuesta en el regazo del HOMBRE.

HOMBRE.— Hay una cosa que nunca le dije a Rafael. No quiero que siga ahí.

CHICO.— ¿Cuál?

HOMBRE.— Que soy homosexual.

CHICO.— (Sonriendo). Tengo la sensación de que ya lo sabía.

HOMBRE.— Nunca me atreví. Es importante.

CHICO.— Está bien. No te juzgues más. No finjas, no tiene sentido.

HOMBRE.— Lo intentaré. (Pausa). Invéntate una constelación para él, para Rafa.

CHICO.— (Mirando al cielo). Ahí, un corazón. ¿Lo ves?

El Chico señala con el dedo la forma en el cielo.

HOMBRE.— Sí. Lo veo.

Ambos sonríen.

HOMBRE.— ¿Puedo pedirte un favor?

CHICO.— (Incorporándose) Claro.

HOMBRE.— Escuchar tu corazón. Los dos.

El Chico se inclina levemente para que el HOMBRE pueda aproximarse a su pecho. Éste se pega a él. Comienza a oírse una serie de latidos débiles que se van intensificando. Oscuro.